

cruzan tantos transeuntes pacíficos y envidiados.

Pues bien; todavía me parece que estoy en la torre de la campana. Estoy aturdido y deslumbrado á la vez; siento que un ruido, como el de la campana, vibra en las cavidades de mi cerebro; pero á mi alrededor, la via llana y tranquila que abandoné, y por la que otros hombres caminan aun, la veo ya lejos y solo al través de las hendiduras del abismo.

XXXVII.

La casa del Municipio es un edificio siniestro.

Allí está con el techo agudo y raído, con el esquilon grosero, con el gran cuadrante blanco, con los pisos de columnillas, con sus mil ventanas, con las escaleras gastadas y los dos arcos á derecha é izquierda, á continuacion de la plaza de la Grève; sombrío, lúgubre, carcomido por su antigüedad y tan negro, que hasta es negro cuando el sol lo baña.

Los dias de las ejecuciones vomita gendarmes por todas sus puertas, y mira al sentenciado á muerte por todas sus ventanas; y por la noche su cuadrante, que marcó la hora del suplicio, se ilumina en la fachada tenebrosa del edificio.

XXXVIII.

Acaba de sonar la una y cuarto: siento en estos instantes violento dolor en la cabeza; arde la frente y se me enfrían las extremidades. Cada vez que me levanto ó que me inclino, me parece que flota un líquido en mi cerebro que hace chocar el cerebelo contra las paredes del cráneo.

Siento temblores convulsivos, y de vez en cuando la pluma se me cae de la mano, como impulsada por sacudida galvánica.

Los ojos me lloran y me escuecen como si me encontrase en medio de espesa humareda. Me duelen mucho los codos.

Dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos ya nada me dolerá.

XXXIX.

Dicen que esto no es nada, que no se padece, que este fin es suave, que la muerte está de este modo muy simplificada.

¿No es cruel sufrimiento esta agonía de seis semanas y este estertor de todo un dia? ¿Qué son las angustias de este dia irreparable, que pasa con tanta lentitud y tan de prisa? ¿Qué es esta escala de torturas que termina en el cadalso?

Acaso esto no es padecer? ¿No dá las mismas convulsiones que la sangre se vierta gota á gota, ó que se apague la inteligencia pensamiento tras pensamiento?

Dicen que no se padece; ¿están seguros de lo que dicen? ¿Se sabe que se haya levantado alguna vez una cabeza cortada y chorreando sangre del fondo del canasto y que haya gritado al público:—Esto no hace daño? ¿Se sabe de algun decapitado que haya vuelto al mundo á darles las gracias y á decirles:—Esa es una gran invencion; conservad esa mecánica, que es buena? ¿Lo ha dicho Robespierre? Lo ha dicho Luis XVI?...

No; si eso no es nada; dura menos de un minuto, de un segundo.

¿Se pusieron ellos, solo en el pensamiento, en el lugar del que vá á ser guillotinado, en el momento en que la pesada cuchilla al caer muerde la carne, rompe los nervios y destroza las vértebras? Si no dura más que un segundo!... Si el dolor se escamotea!... Qué horror!...

XL.

Es cosa singular que en estos momentos esté yo pensando siempre en el rey. Por más que hago, por más que quiero distraerme de esta idea, oigo una voz que me dice al oido:

—En esta misma ciudad, á estas horas y no lejos de aquí, vive en otro palacio un hombre que tiene tambien guardias en todas las puertas; hombre único, como tú, entre el pueblo, pero con la diferencia que él está tan alto como bajo estás tú. Su vida entera, minuto tras minuto, está llena de gloria, de grandeza, de placeres y de júbilo. Alrededor suyo todos respiran amor, veneracion y respeto. Las voces más altas se vuelven humildes cuando le hablan, y las frentes más erguidas se doblan á su presencia. Donde vive, solo miran los ojos seda y oro. A estas horas quizás celebra un Consejo de ministros, en el que todos son de su opinion, ó piensa en la cacería de mañana, ó en el baile de esta noche, seguro de que estará preparada la fiesta para la hora señalada, y que tomarán otros con gusto el trabajo que les proporciona sus place-

res. Pues bien; ese hombre es de carne y huesos como tú. Para que en un instante derribasen tu patíbulo; para que te devolviesen la vida, la libertad y la familia, bastaria que escribiese con esta misma pluma las letras de su nombre en un pedazo de papel, y hasta seria suficiente que su carroza encontrase por casualidad en el camino á tu carreta. Y el rey es bueno, y acaso no desee otra cosa que librarte la vida, y puede hacerlo, y sin embargo, no lo hará.

XLI.

Pues que no hay remedio, tengamos valor para morir, cojamos esta idea con las dos manos y considerémosla cara á cara. Pidámosle cuenta de lo que es, sepamos qué quiere de nosotros, démosle vueltas en todos los sentidos, descifremos el enigma y fijemos la vista en el sepulcro.

Me parece que cuando se cierran mis ojos me he de ver inundado por una gran claridad, sumergido en abismos de luz, por entre los que mi espíritu rodará sin fin. Me parece que el cielo, por su propia esencia, será luminoso y se tachonará de astros como puntos oscuros, y que en vez de ser, como lo son para los ojos vivos, granos de oro sobre terciopelo negro, serán, al contrario, puntos negros sobre tisú de oro.

O veré, como réprobo, un abismo espantoso, cuyas paredes entapizarán las tinieblas, en el que rodaré sin cesar, viendo que sus formas mudan de sitio en la oscuridad.

O acaso al despertar, después de muerto, me encuentre quizás sobre una superficie plana y húmeda, arrastrándome en la sombra y dando vueltas sobre mí mismo, como una cabeza que vá rodando. Puede que un huracan me empuje y que de vez en cuando tropiece con otras rodantes cabezas; allí habrá mares y arroyos de un líquido desconocido y tibio, y todo estará negro por todas partes. Cuando en su rotacion mis ojos se vuelvan hácia arriba, solo verán un cielo sombrío, cuyas tinieblas gravitarán sobre ellos, y á lo lejos, en el fondo, grandes arcos de humo, más negros que las tinieblas. Tambien ellos verán voltear por las noches chispas rojas, que al aproximarse se convertirán en pájaros de fuego, y esto durará toda una eternidad.

Puede ser tambien que en determinadas fechas los muertos de la plaza de la

Grève se reunan en las oscuras noches de invierno en la plaza donde los ejecutaron. Entre esa multitud pálida y sangrienta estaré yo. No nos alumbrará la luna y hablaremos en voz baja. Allí estará la casa del Municipio, con su carcomida fachada, su techo raído y aquel cuadrante tan cruel para nosotros. Tendremos en la plaza una guillotina infernal, en la que un demonio desempeñará el papel de verdugo; esto sucederá á las cuatro de la madrugada, y nosotros formaremos el gentío que se acumule á su alrededor.

Si eso sucede, si esos muertos se aparecen, ¿bajo qué forma vuelven al mundo? ¿Qué les queda del cuerpo incompleto y mutilado? ¿Qué parte de él escogen esos espectros, la cabeza ó el tronco?

Ay! ¿Qué hará la muerte de nuestra alma? ¿Qué naturaleza le deja, qué le toma ó qué le dá? ¿Le presta algunas veces ojos de carne para mirar á la tierra y para llorar?

Que me traigan un sacerdote que sepa descifrar ese enigma; quiero oír á ese sacerdote y besar un Crucifijo.

¡Dios mio, tú solo eres siempre el mismo!

XLII.

Le pedí á Dios que me concediera algunos momentos de descanso y me tendí en la cama, porque tenia una onda de sangre en la cabeza que me hizo conciliar el sueño. Será el último sueño de que disfrute viviendo. Soñé, soñé que era de noche y que estaba en mi gabinete con dos ó tres amigos, no recuerdo los que eran. Mi esposa estaba acostada en la próxima alcoba, y dormia con la niña. Hablábamos en voz baja mis amigos y yo, y nos asustaba lo que decíamos. De repente me pareció oír un ruido en alguna de las piezas de la casa, ruido débil, extraño, indeterminado.

Mis amigos lo oyeron como yo; nos pusimos á escuchar y creimos que producía el ruido una cerraja que se abre sordamente, ó un cerrojo que se lima poco á poco. No sé qué temor secreto nos helaba á todos; teniamos miedo. Sospechamos que quizás serian ladrones que se habrian introducido en casa á hora tan avanzada de la noche. Resolvimos ir á ver lo que era; me levanté, tomé una bujía y mis amigos me siguieron uno detrás de otro.

Atravesamos la alcoba contigua don-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"SIF. REYES"

1940 16-3 MONTERREY, MEXICO

276
cruz
env
F
toy
atu
to
na
bro
y t
otr
lejo
del

L

co
dr
ni
es
re
pla
car
gro
ban
I
ge
al s
ver
que
na

A

en
fria
me
que
que
par
S
en
m
vá

co
pe
co

co

F

m
ca

de dormía mi mujer con la niña, después llegamos al salón.—Nada vimos.—Los retratos estaban inmóviles en sus cuadros de oro, que descansaban en la tapicería. Advertí que la puerta que vá desde el salón al comedor no estaba en el sitio de costumbre. Entramos en el comedor y lo recorrimos, yendo yo delante. La puerta de la escalera estaba bien cerrada y lo mismo las ventanas. Al llegar á la chimenea observé que el armario de mantelería estaba abierto y que la puerta de este armario estaba tirada sobre el ángulo de la pared como para ocultarle. Esto nos sorprendió, porque creímos que habria alguno detrás de la puerta. Me empeñé en cerrar el armario, pero éste me opuso resistencia. Más admirado aun redoblé mis esfuerzos por cerrarle, y al fin cedió bruscamente y nos descubrió á una viejecilla que tenia las manos colgando, los ojos cerrados, y estaba inmóvil, de pié y como pegada al ángulo de la pared. Era una aparición repugnante; se me eriza el cabello al recordarla ahora. Le pregunté á la vieja:

—Qué haceis ahí?

Ella no respondió. La volví á preguntar:

—Quién sois?

Ni respondió, ni hizo movimiento y permaneció con los ojos cerrados. Mis amigos dijeron:

—Esta debe ser la cómplice de los que aquí entraron con malos designios, que sin duda se han escapado al vernos venir; no habrá podido huir y se ha ocultado detrás del armario.

La interrogué por tercera vez, pero ella permaneció sin voz, sin movimiento y sin mirar. Uno de mis amigos la empujó hácia el suelo y cayó de golpe, como un pedazo de madera, como una cosa muerta. La dimos con el pié y no se movió. La levantamos y la apoyamos contra la pared, y tampoco dió ninguna señal de vida. La gritamos al oído, y quedó muda como si estuviera sorda.

Perdimos ya la paciencia, llenos de colérico terror, y uno de mis amigos dijo:

—Aplicadle la bujía á la barba.

Le apliqué yo la mecha inflamada y entonces, al calor del fuego, abrió á medias un ojo, un ojo vacío, mustio, espantoso, un ojo que no miraba.

Separé la bujía de su barba, diciéndola:

—Responderás ahora, vieja hechicera? Quién eres?

El ojo volvió á cerrarse.

—Esto ya es demasiado, repusieron mis amigos. Aplícale la bujía hasta que hable.

Volví á colocar la luz debajo de la barba de la vieja.

Entonces abrió los ojos muy despacio, nos miró á todos, uno después de otro, y bajando la cabeza inesperadamente, apagó la bujía aplicándola un helado soplo. Al mismo tiempo sentí tres dientes agudos que me mordían la mano en la oscuridad. Me desperté trémulo y bañado en frío sudor.

El capellan de la cárcel estaba sentado á los piés de mi cama, leyendo sus oraciones.

—He dormido mucho tiempo? le pregunté.

—Hijo mio, has dormido una hora completa. Te han traído á tu hija, que está esperando en el cuarto del lado. No he querido que te despertaran.

—Oh! grité. Mi hija! ¡Que me traigan á mi hija!

XLIII.

Es fresca, rosada, con ojos rasgados, muy hermosa!

Le han puesto un vestidito que le sienta muy bien: la tomé, la estreché en mis brazos, la senté sobre mis rodillas y la besé en el cabello.

—Por qué no vino con su madre?—Su madre está enferma y su abuela también, me contestó la nodriza.

La niña me miraba asombrada y se dejaba acariciar, abrazar, devorar á besos dirigiendo de vez en cuando una ojeada hácia su nodriza, que estaba llorando en un rincón del calabozo.

Al fin pude hablar y le dije:

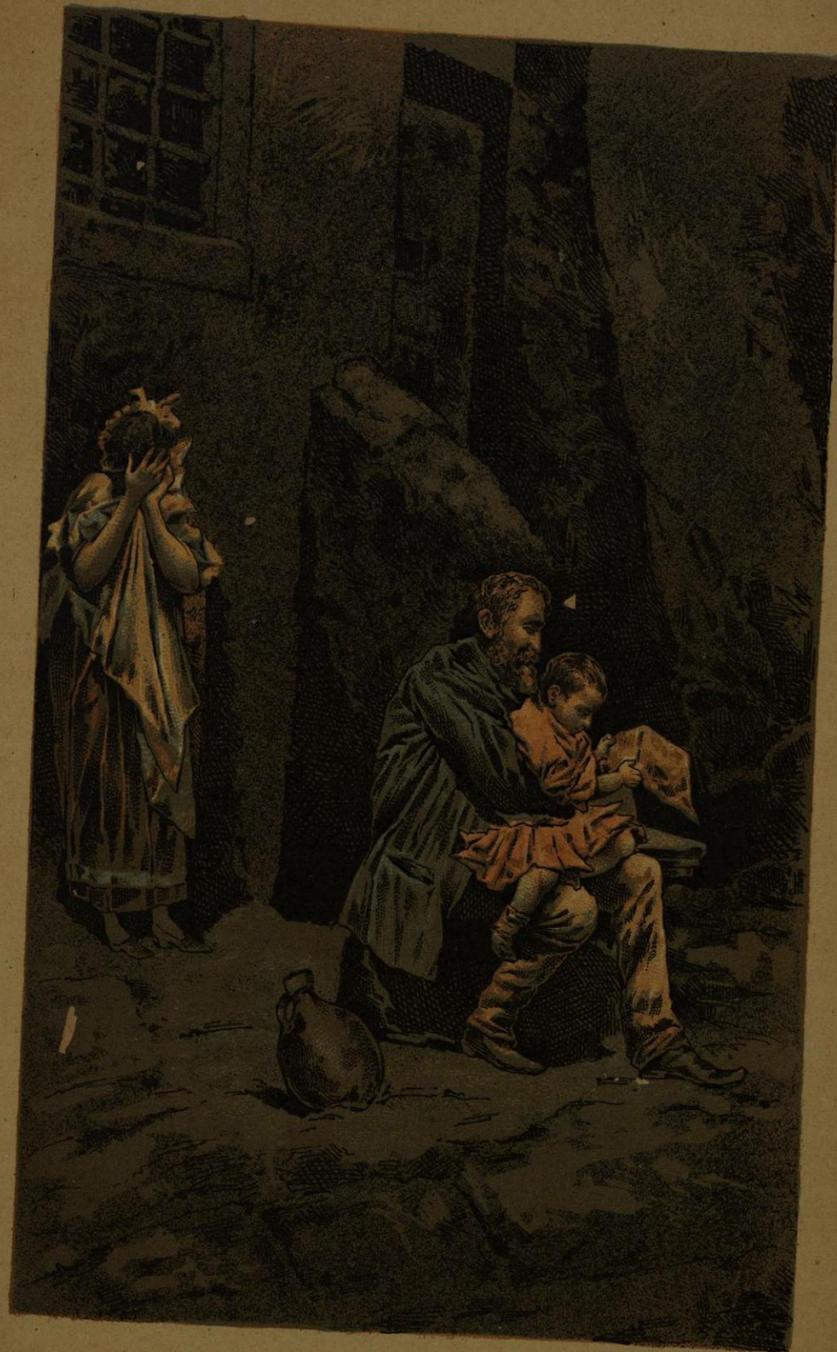
—María! mi adorada María!

La estreché con tanta violencia contra mi pecho, que arrojó un grito:

—Me haceis daño, caballero, me contestó.

Caballero! Pronto hará un año que no me ha visto la pobre niña. Ella ha olvidado mi semblante y el acento de mi voz; y además, ¿quién me habia de conocer con estas barbas, con mi palidez y con este traje? Ya me he borrado de la única memoria donde quisiera vivir; antes de morir he dejado de ser su padre.

Oír llamarme padre por esa niña una sola vez, me hubiera recompensado de los cuarenta años de vida que me arrebatan.



DESLIÓ EL PAPEL Y EMPEZÓ Á DELETREAR.

—Escucha, María, la dije, juntando sus manecitas con las mias. ¿No me conoces?

Se puso á contemplar mi fisonomía con sus ojos bellisimos y me respondió:

—No, por cierto.

—Mírame bien, la repetí. ¿No sabes quién soy yo?

—Sí, me contestó; un caballero.

¡Amar ardentemente á un solo sér en el mundo, tenerle delante, hablarle, acariciarle, un sér que os mira y os habla y os responde y no os conoce!... ¡No querer recibir consuelos más que de ese sér y que sea el único que no sepa que los necesitais, porque vais á morir!...

—María, continué, no tienes papá?

—Sí, me contestó la niña.

—Pues bien, dónde está?...

Volvió á levantar sus grandes ojos asombrados y me respondió:

—No lo sabeis? Ha muerto.

Despues dió un grito, porque casi la dejé caer de mis brazos.

—Muerto! ¿Sabes tú, María, lo que es estar muerto?

—Sí, señor. Papá está en la tierra y en los cielos; yo rezo á Dios por él todas las mañanas sobre las rodillas de mamá.

La dí un beso en la frente y la dije:

—María, repíteme la oracion que rezas por tu papá.

—No puedo ahora. Las oraciones no se rezan durante el dia y por la calle. Venid esta noche á cenar y os la diré.

Esto ya era demasiado. La interrumpí:

—María, yo soy tu papá.

—Ah! exclamó.

—Quieres que yo sea tu papá?

—No, señor; mi papá era mucho más guapo, contestó, apartando la cabeza de mí.

Yo la cubrí de lágrimas y de besos, y ella trataba de desprenderse de mis brazos, gritando:

—Que me haceis mal con las barbas!

Me la acomodé entonces sobre las rodillas, devorándola con mis ojos, y la pregunté:

—María, sabes leer?

—Sí, me respondió, sé leer; mamá me enseña las letras.

—Vamos á ver, lee un poco, la dije, señalándola un papel que tenia arrugado en una mano.

Movió la hermosa cabeza y contestó:

—Pero yo no sé leer más que fábulas.

—No importa, prueba; vamos, lee.

Deslió el papel y empezó á deletrear, señalando con el dedo:

—S, e, n, *Sen... t, e, n, ten... senten... c...*

La arranqué el papel de las manos; estaba leyendo mi sentencia de muerte. Su nodriza se lo habia comprado por un *sou*. Más cara me costaba á mí. No hay palabras para expresar lo que sentí en aquel momento. De repente me dijo la niña:

—Devolvedme ese papel, que lo quiero para jugar.

Entregué mi hija á su nodriza, diciéndola:

—Llévatela.

Caí otra vez sobre la silla, sombrío, desamparado y lleno de desesperacion. Ahora es cuando debian ya venir por mí; nada me eslabona ya á la vida; se ha quebrado ya la última fibra de mi corazon. Soy ya á propósito para lo que quieran hacer conmigo.

XLIV.

El sacerdote es muy bueno y el carcelero tambien. Me pareció que lloraban cuando dije que se llevasen á mi hija.

Pero ya todo terminó para mí; ahora ya es menester que se fortalezca mi ánimo, que piense sin temblar en el verdugo, en la carreta, en los gendarmes, en el gentío del puente, en la muchedumbre del muelle y en la de las ventanas, en la que acudirá á verme á la lúgubre plaza de la Grève, que podria estar empedrada con las cabezas que ha visto cortar.

Me parece que me queda todavía una hora para familiarizarme con todo esto.

XLV.

Todo el populacho reirá, dará palmas y aplausos; y quizás entre esos hombres que le componen, libres y desconocidos para los carceleros, que acuden con alegría á presenciar una ejecucion, entre esa multitud de cabezas que llenará la plaza, habrá acaso más de una predestinada que, pronto ó tarde, caerá como la mia en el canasto rojo. Acaso alguno de los que vienen á contemplar el espectáculo que yo ofrezca sirva otro dia de espectáculo tambien á este mismo público.

Para esos séres fatales existe en cierto punto de la plaza de la Grève un sitio fatal, un centro de atraccion, un lazo; se acercan y dan vueltas á su alrededor, hasta que llega el dia en que caen en él.

XLVI.

Pobre María, pobre hija mía! Se la han llevado de aquí para que corra, para que juegue; y ella vá mirando por la portezuela del coche el gentío, cada vez más creciente, sin acordarse ya de aquel caballero.

Quizás tendré todavía tiempo para escribir algunas páginas para ella, con el objeto de que las lea un día y llore dentro de quince años por lo que vá á aconteceme hoy.

Sí, es necesario que por mí sepa mi historia y el motivo de que yo le legue un nombre sangriento.

XLVII.

MI HISTORIA.

No se han podido encontrar las hojas que debían seguir á ese título. Quizás, como parece que se indique en las siguientes, el reo no tuvo tiempo para escribirlas. Era ya demasiado tarde cuando se le ocurrió este pensamiento.

XLVIII.

En un cuarto del palacio Municipal.

Ya estoy en el palacio del Ayuntamiento; pasé ya el execrable trayecto. Allí enfrente está la plaza, y bajo de la horrible ventana el populacho que me espera, que grita y que aulla.

En vano traté de alentarme y de fortalecerme; mi corazón desfallece contra mi voluntad, al ver por encima de las cabezas de la multitud aquellos dos brazos rojos, con su triángulo negro, levantándose entre los dos faroles del muelle. Dije que quería hacer mi última declaración y me depositaron aquí, mientras van en busca de un procurador del rey. Le estoy esperando y así me gano algunos minutos.

Daban las tres cuando vinieron á advertirme que era tiempo de partir. Temblé al oírlo, como si no hubiera estado pensando en esto desde hace seis horas, desde hace seis semanas, desde hace seis meses; me hizo el efecto de un golpe inesperado.

Me hicieron atravesar varios corredores y bajar algunas escaleras; me empujaron, por entre dos portezuelas del piso bajo, á una sala sombría, estrecha, abovedada, que apenas tenía luz en un día de lluvia y de niebla; había en ella una silla; me dijeron que me sentase y me senté.

Cerca de la puerta y á lo largo de las paredes estaban de pié, además del sacerdote y los gendarmes, otros tres hombres. El primero, el más alto y más viejo, era grueso y de semblante encarnado: llevaba redingote y sombrero de tres picos; era él, era el verdugo, el criado de la guillotina; los otros dos eran criados suyos.

Apenas me senté se acercaron á mí estos dos por detrás, como dos gatos; en el instante mismo sentí el frío del acero en el cabello y las tijeras que me rozaban las orejas. Me caía el pelo, cortado al acaso en largas mechas, sobre los hombros, y el verdugo se entretenía en pasar por ellas con suavidad su gruesa mano.

Hablaban en voz baja á mi alrededor. Por fuera se oía un gran ruido, una especie de temblor continuado que rodaba por el aire. Al principio creí que sería el río, pero luego conocí que lo producía la muchedumbre por el ruido de carcajadas.

Un jóven, que estaba cerca de la ventana escribiendo con lápiz en una cartera, preguntó á los carceleros cómo se llama la operación que allí se practicaba conmigo.

—El tocador del reo, le respondieron.

Comprendí que el jóven era un periodista y que mañana publicarían los periódicos esa contestación.

De pronto uno de los criados me quitó la chaqueta y el otro me cogió las dos manos, que yo tenía colgando, y me las puso á la espalda, atándome lentamente con una cuerda las muñecas juntas. El primero me quitó la corbata. La camisa de batista, único harapo que me restaba de mi bienestar pasado, le hizo titubear un instante, pero luego empezó á cortarla el cuello.

Al comprender esta precaución horrible, al sentir en el cuello el contacto del acero, me temblaron los codos y dejé escapar un sollozo sofocado. La mano del criado tembló al oírlo.

—Perdonadme si os hice daño, me dijo.

Son de carácter suave estos verdugos. Se oían fuera cada vez más fuertes los alaridos de la multitud.

El verdugo me ofreció, para que lo aspirase, un pañuelo empapado en vinagre.

—Gracias, le contesté, es del todo inútil; me encuentro bien.

Uno de los criados me ató los piés con una cuerda fina y floja, que solo me permitía dar pequeños pasos; la punta de

esta cuerda la ató á la que me apretaba las manos.

Después, el hombre obeso me echó la chaqueta sobre los hombros y me ató las mangas por bajo de la barba. Lo que él tenía que hacer allí ya estaba hecho.

El sacerdote se aproximó á mí con el Crucifijo, diciéndome con voz afectuosa: —Vamos, hijo mío!

Los criados me cogieron por los sobacos, me levanté y me puse á andar, dando pasos trémulos é inciertos, como si tuviera dos rodillas en cada pierna.

La puerta principal se abrió de par en par y llegaron entonces hasta mí el clamor furioso del populacho, aire frío y luz blanca en medio de la sombra. Desde el fondo del sombrío cuarto vi bruscamente y en conjunto, al través de la lluvia, las infinitas cabezas aulladoras del pueblo apiladas en la pendiente de la escalera grande del palacio Municipal; había á la derecha, al nivel del suelo, una línea de gendarmes á caballo, de los que no me dejaba ver la puerta, por ser baja, más que los brazos y los pretales de los caballos; enfrente había un piquete de soldados formados en batalla; á la izquierda, la parte posterior de una carreta, en la que se apoyaba una escala mohosa. ¡Cuadro repugnante y digno de la puerta de la cárcel!

Para este terrible momento reservé todo mi valor; di tres pasos y aparecí ante el público.

—Ya está ahí! ya está ahí!

Todos gritaban y los que estaban más cerca de mí aplaudían; por mucho que quisieran al rey, su presencia no les hubiera causado tanto júbilo.

Llegué hasta donde me esperaba una carreta ordinaria, tirada por un caballo ético y conducida por un carretero que vestía camison azul con vivos rojos.

El hombre gordo de sombrero de tres picos subió en ella el primero.

—Buenos días, Sanson! le gritaban los muchachos encaramados por las ventanas; uno de sus criados entró después.—Bravo, Martes! exclamaron otra vez los chiquillos.

El verdugo y su criado se sentaron en el banco de delante.

Me tocaba el turno y subí con bastante firmeza.

—Vá muy sereno! dijo una mujer que estaba al lado de los gendarmes: este atroz elogio me reanimó. El sacerdote subió á la carreta y se sentó á mi lado. Me hicieron colocar en la banqueta de detrás, dando las espaldas al caballo;

me hizo temblar esta última atención. Quise mirar á mi alrededor, y vi gendarmes delante, gendarmes detrás, y gente, gente y más gente por todas partes; un mar de cabezas extendido sobre la plaza.

Un piquete de gendarmes me esperaba en la puerta de hierro del palacio; el oficial dió la orden y la carreta y su cortejo se pusieron en movimiento, como impulsados por un alarido del público. Pasamos la puerta de hierro, y al dar la vuelta la carreta hácia el Puente del Cambio, resonó espantoso vocerío por toda la plaza, desde el suelo hasta los tejados, al que respondieron los otros puentes y muelles con extrépito suficiente para producir un terremoto; allí se unió á la escolta el piquete que esperaba.

—Fuera sombreros! Fuera sombreros! gritaron mil bocas al mismo tiempo. Lo mismo que si pasara el rey.

También yo prorumpí entonces en risa horrible, diciéndole al sacerdote:

—A ellos les hacen quitar los sombreros y á mí la cabeza.

Ibamos marchando al paso; el mercado de flores embalsamaba el aire, las ramilletteras abandonaron su mercancía para venir á verme de cerca. Frente á nosotros, un poco antes de llegar á la torre cuadrada que hace esquina con el palacio, hay una porción de tabernillas, cuyos entresuelos estaban llenos de espectadores, sobre todo de mujeres, contentos de haber podido conseguir tan buenos sitios. El día debe haber sido productivo para los taberneros.

Se alquilaban para verme mesas, sillas, andamios y carretas; todo rebosaba de espectadores. Los traficantes de sangre humana gritaban:

—Quién quiere sitio?

Me enfurecí contra aquel populacho y me dieron tentaciones de decirle gritando: Quién quiere el mío?

Entre tanto la carreta avanzaba, y á cada paso se arremolinaba el gentío detrás de ella, y yo la veía correr á otros puntos después de verme pasar, para formarse en otra parte de la carrera.

Al entrar en el Puente del Cambio, por casualidad dirigí la vista á la derecha, hácia atrás, fijándola, por encima de las casas, en una torre negra, aislada, erizada de esculturas, en cuya cima se veían de perfil dos monstruos de piedra. No sé por qué le pregunté al sacerdote qué torre era aquella.—Santiago de las Carnicerías, me respondió el verdugo...

No sé á qué atribuirlo; lo cierto es que á pesar de la neblina, á pesar de que la lluvia fina y blanca rayaba el aire oblicuamente, como los hilos de una araña, nada pasaba á mi alrededor sin que yo lo observase. Cada uno de estos pormenores me traía su martirio.

Hacia la mitad del Puente del Cambio, tan ancho y tan lleno de gente que apenas podíamos andar, se apoderó de mí horror violento y me sentí desfallecer, pensando aun en esta última vanidad. Entonces me esforcé por atolon-drarme, por ensordecer y por cegar para todo, excepto para el sacerdote, cuyas palabras me dejaba oír apenas el fuerte murmullo del público.

Le tomé el Crucifijo y lo besé.

—Dios mío, ten misericordia de mí! exclamé tratando de abismarme en este pensamiento.

Cada vaiven de la carreta me producía una sacudida, y de repente tirité de frío; la lluvia penetró mi ropa y mojaba la piel de la cabeza al través del cortado cabello.

—Temblais de frío, hijo mío, me dijo el sacerdote.

—Sí, le contesté.

Ay! no temblaba solo de frío.

Al concluir de atravesar el puente algunas mujeres se compadecían de mí, porque decían que era joven.

Al fin entramos en la fatal avenida y ya empezaba yo á no ver y á no oír. Tanta voz, tanta cabeza en las ventanas, en las puertas, en las rejillas, tanto espectador, me atontaron y me hicieron perder el sentido. Es insoportable el peso de las infinitas miradas que se concentran sobre un individuo. Vacilaba ya en el asiento, y ya no podía prestar atención ni al sacerdote ni al Crucifijo. Entre el tumulto que me envolvía ya no podía distinguir los gritos de compasión de los gritos de alegría, las risas de los lamentos, las voces del ruido; ese conjunto, ese todo resonaba en mi cerebro como un eco de cobre.

Mis ojos leían maquinalmente los rótulos de las tiendas. Una vez se me ocurrió el extraño pensamiento de volver la cabeza y de mirar al patíbulo, hacia el que yo caminaba; fué esta la última bravata de la inteligencia, pero el cuerpo no quiso obedecerla, y se me quedó la nuca paralizada y como muerta de antemano.

Solo pude entrever, hacia la izquierda, más allá del río, la Torre de Nuestra Señora, que vista desde allí oculta la

otra, en la que yo miraba en otros tiempos: era la de la bandera, sobre la que se distinguía mucha gente que debería verme bien.

La carreta seguía adelante, siempre adelante, y pasaban las tiendas y se sucedían los letreros escritos, pintados y dorados, y reía el populacho y se apiñaba sobre el fango, y yo me dejaba llevar como los que están dormidos se dejan llevar por sus sueños.

De pronto, la serie de tiendas se cortó en el ángulo de una plaza, acreció la voz de la muchedumbre y resonó más sonora y más estruendosa; la carreta se detuvo de repente y estuve á punto de caer de boca; me sostuvo el sacerdote.—Valor! me dijo, sosteniéndome con su cuerpo. Luego pusieron una escala por detrás de la carreta; el sacerdote me dió la mano, bajé, di un paso, quise dar otro y no pude. Entre los dos faroles del muelle ví una cosa siniestra: ¡era la funesta realidad!

Me paré vacilante y como cayendo ya herido del golpe.

—¡Tengo que hacer la última declaración! dije con voz desmayada.

Me subieron al patíbulo.

Pedí que me dejasen escribir mi postera voluntad; me desataron las manos, pero aquí estaba preparada la cuerda y bajo todo lo demás.

XLIX.

Un juez, un comisario y un magistrado, no sé de qué clase, acaban de venir. Les pedí mi perdon, juntando las dos manos y arrastrándome de rodillas. El juez me respondió sonriendo fatalmente si era eso todo lo que tenía que decir.

—Mi perdon! mi perdon! ó por compasión, ¡concededme cinco minutos más de vida!... Quizá consiga que me perdonen; Quién sabe! ¡Es tan horrible á mi edad morir de este modo!... Con frecuencia llega el perdon en los últimos instantes. ¿A quién perdonarán la vida si á mí no me la perdonan?

El execrable verdugo se acercó entonces al juez para decirle que debe efectuarse la ejecución á una hora determinada, que esa hora iba á sonar, y que era responsable él si no obraba con exactitud; además le dijo que estaba lloviendo y que la máquina podía tomarse de orín.

—¡Concededme un minuto para ver si

mientras llega mi perdon! Si no, me defenderé mordiendo al que se me acerca.

El juez y el verdugo se marcharon, dejándome solo, solo con dos gendarmes.

¡El horrible populacho, impaciente, lanzaba rugidos de hiena! ¿quién sabe si

me escaparé todavía de sus garras; quién sabe si me perdonarán?... Es imposible que no me perdonen.

Ah, miserable muchedumbre!... Me parece que ya suben por la escalera...

LAS CUATRO.

FIN DEL ÚLTIMO DÍA DE UN REO DE MUERTE.